

De modo, señor mío y de mi respeto, que por lo que hasta ahora tengo visto en este bello país, tras de la práctica mejor intencionada, se cae en las teorías más impracticables, más contrarias a lo intentado y más parecidas, por lo tanto, a los llamados desde muy antiguo *sueños de enfermo*.

A lo que veo de unos días a esta parte, todo va de mal en peor en la cuestión batallona de enseñanza, y sólo entiendo que pueda remediarse todo fundando una Universidad Nacional, para entregarle íntegra la educación moderna del país, y su administración y gobierno, desde las más remotas escuelas rurales hasta los estudios facultativos y las llamadas escuelas superiores.

Toda otra cosa vendrá a consistir en remedios caseros, siguiendo la vieja rutina que ha producido lo existente, y admitiendo de vez en cuando crudas novedades ajenas, que al fin resultan novelorías inadaptables, pero que ante un público descuidado, como he dicho por no decir otra cosa, pasan y son tenidas por admirables descubrimientos pedagógicos.

No quiero seguir adelante, sin oponer alguna explicación a los que pudieran pensar, acaso, que incurro ahora en lo que, con harta razón, veo censurado estos días contra los «llamados pedagogos», plaga de la educación pública en países que ya deberían despertar y defenderse.

No soy *pedagogo*, a Dios gracias, ni *modernista* en el sentido estúpido de la palabra; pero, naturalmente, vivo con lo moderno, estoy por todo ello en justa razón, y entiendo que el progreso extraño puede y debe aplicarse en todas partes, siempre que se ponga a tono, por decirlo así, con el medio ambiente y en debida proporción con las necesidades sociales.

Nadie, con clara visión de las cosas, podrá desconocer lo moderno, lo práctico y hacedero que sería la realización de dicho propósito universitario

en Costa Rica: realizable desde el punto de vista económico, según demostraré a su tiempo, pondrá a esta república a la altura cultural, literaria y científica de sus cuatro hermanas de Centro América; y en verdad digo que apenas se puede comprender la presente inferioridad académica de un país con las pretensiones costarricenses, justas en todo lo demás.

No creo, por tanto, que la Universidad nacional, moderna, sea una institución docente desproporcionada con los recursos intelectuales, morales y materiales de un país con Biblioteca, Teatros y Escuelas especiales, dispersas, que acaso puedan competir ventajosamente con sus similares de cualquier nación de análogas circunstancias y proporciones. Ni tampoco sería cosa nueva ese Centro docente y educador, cuando ya varios ramos particulares pudieran acuerparse, con mutuo auxilio, en relación de verdadera pedagogía sin exóticos relumbrones de soberbia y engaño.

Así es que no podrá motejarse de novelero peligroso—cual se ha hecho con los que realmente lo son—a quien trata de buena fe un asunto de tanta importancia, como llegaría a ser, con la aceptación de sus ideas, que son las mismas de todo el mundo reflexivo, el ordenamiento de lo que aun se llama Universidad con nombre viejo y quiere decir todavía la racional concentración y armonía de todo lo enseñable y aprendible.

Todo esto se halla aquí en germen, aunque desparramado por la fuerza centrífuga de un mundo de átomos en formación. Si otros universitarios, y de arraigo, piensan de otro modo en la cuestión propuesta, bien puede comprenderse que quien lo es de paso tendría que ganar, con todo y su desconsuelo, útiles enseñanzas acerca de un nuevo país visitado que le resultaría desconocido, a pesar de su práctica viajera y su constante aplicación a los estudios de geografía política.

Llegamos a los números, señor Director, y, de mi parte, lo celebro;